



*Augurio*



edicionesparalelo.com  
blog.edicionesparalelo.com  
tienda.edicionesparalelo.com

Colección Caballo de Troya

*Diseño de la colección: Ediciones Paralelo.  
Imagen de cubierta: Jana Domínguez.  
Primera edición: noviembre 2016.*

© David Aceituno.

© De la presente edición: Ediciones Paralelo.

© De la imagen de portada: Jana Domínguez.

*Depósito Legal: GR 1246-2106*



Teniendo en cuenta que no aporta nada a una editorial, el número ISBN debería ser provisto de forma gratuita. Mientras no sea así, Ediciones Paralelo se niega a solicitarlo.

Ediciones Paralelo y el autor dan su permiso para reproducir cualquier parte de este libro, o su totalidad, siempre que se haga sin fines de lucro. Si se desea obtener el permiso expreso, gustosamente responderemos en:

edicionesparalelo@gmail.com

David Aceituno

---

*Augurio*







A Karen







Playa







## 1

Lo primero que ve cuando sale a la terraza es al joven vecino de enfrente. Parece recién levantado y tose para descongestionar el pecho. Por encima del grito de los niños que se dirigen a la playa y del murmullo doméstico que se escapa a través de las ventanas abiertas, se impone la conversación de los vecinos que tiene justo debajo. El matrimonio discute por una lavadora estropeada: él la acusa de cargar demasiado el tambor, ella le recuerda que fue él quien quiso comprar la más barata; él replica con temas generales, habla deprisa: que no deja de quejarse, que siempre quiere más, que lo quiere todo, como los niños; ella decide finiquitar la discusión con algo más concreto: «métete la lavadora por el culo». El joven vecino de enfrente mira a Ingrid con la complicidad que se crea entre los espectadores de discusiones ajenas: alza las cejas, y si sonríe no llega a distinguirlo.

Ingrid se fija en la ropa de los vecinos de la primera planta, está tendida y parece una bandera provisional del verano. Además, se insinúa como un pequeño triunfo sobre los vecinos que hace un momento discutían: son felices, su lavadora funciona, ellos sí han podido tender toallas, bañadores y ropa interior blanca que se mecen bajo el

sol de un cielo limpio. En los edificios que tiene delante, las zarzas y las enredaderas muerden la cal de las paredes entre manchas de luz furiosa, recién llegada. El joven le ha dicho adiós antes de desaparecer. A ella solo le ha dado tiempo de hacer una mueca, algo desconectado de todo nervio, una cáscara de sonrisa.

La incómoda vibración del móvil sobre la mesa de cristal galvaniza a Ingrid, que se mete en el salón con fastidio. En la pantalla no aparece ningún nombre, sino un número que desconoce. Se da unos segundos hasta que el contexto de las palabras que dice o el tono le permitan averiguar a quién pertenece esa voz. Registra y descarta posibilidades mientras trata de encajar la voz en uno de los nombres, una de las caras de las mujeres que conoce. Lugares, trabajo, familia, amigas, pasado; lo baraja todo muy deprisa y con torpeza.

No va a preguntar quién es. Solo tiene que esperar. La mujer la llama por su nombre en un tono de familiaridad que Ingrid considera excesivo. La voz se ampara en frases amables, entona las preguntas tipo y los silencios que prologan una mala noticia.

Ingrid respunta la charla con monosílabos, parpadea como si quisiera darle otra forma a una visión desagradable, abre la boca ligeramente, el labio inferior parece más grueso de lo que es. Intenta acomodar la información nueva en su campo de visión: muebles, paredes, baldosas, fotografías, una silenciosa procesión de ángulos rectos.

Es lógico que no la hubiera reconocido: Ingrid no había escuchado nunca antes a la Grau por teléfono. Consigue decir adiós en voz muy baja. Se recoge el labio con

los dientes, y emite un jadeo, como si eso amortiguara el nudo que tiene en la garganta. Después se tapa la boca con la mano, retiene un grito. ¿Por qué le ha dado las gracias? Cuando cuelga, una bolsita de angustia le revienta en el estómago. Fantasea con que se trate de un error o de una broma, algo reversible.

En el primer capítulo de la serie que empezó a ver hace unas semanas, la protagonista se encuentra en la cocina cuando llaman por teléfono para decirle que su marido ha muerto en un accidente de tráfico. La muerte es un arranque demasiado socorrido en casi cualquier tipo de narración, pensó Ingrid. El espectador ha visto esa muerte una o dos secuencias antes y está preparado para examinar de manera suspicaz cómo reacciona la mujer, cómo afecta la noticia a los gestos y si la actuación es convincente. Ingrid recuerda que el alarido de la actriz es demoledor, gutural, lo modula con eficacia antes de un silencio de reconstrucciones mentales que fracasan bajo las órdenes y contraórdenes de un dolor nuevo, pero no puede recordar qué hace la actriz con el teléfono, sabe que arroja algo, puede que fuera el teléfono, quizá cacharros de cocina que tenía a mano. Ingrid se limita a apretar una tecla. Su marido está vivo. Además, no puede gritar porque su hija está en casa.

Recuerda su segundo caso en la asociación: aquella mujer a la que comunican la muerte de su hermano (Ingrid estaba allí, en un segundo plano, preparándose mientras el doctor daba la noticia y la coordinadora de la asociación lo escrutaba todo). No era una operación de riesgo.

—No ha reaccionado bien a la anestesia —dijo el doctor.

La mujer se quedó seria, mirando a las tres personas que tenía enfrente, no sabía qué hacer con las explicaciones que le daban. Después bajó la mirada, removi6 en el bolso, sac6 el monedero y cogi6 un pu6ado de billetes.

—¿Cu6anto quieren? —les dijo.

Eran billetes de cinco y de diez, no haba muchos, la situaci6n se volvi6 m6s inc6moda. Ingrid tena que actuar, pero no hizo nada, ni siquiera cuando la coordinadora empez6 a darle empujoncitos con la mirada.

Si unas horas despu6s se lo cont6 a Rai fue porque nunca haba visto una reacci6n as6, quer6 compartirlo y expurgar su par6lisis, subrayar la torpeza del doctor, la falta de profesionalidad de su coordinadora. Rai la mir6 con incredulidad, la empat6a que esperaba de 6l (sorpresa ante la historia, solidaridad con su mala actuaci6n o por lo menos una cr6tica a la de los otros dos) se vino abajo, Ingrid se sinti6 idiota y un poco m6s lejos de su marido que otras veces. «¿Por qu6 me iba a inventar eso?», murmur6 entre dientes camino de la habitaci6n.

Su hija aparece en el sal6n. Siempre va descalza por la casa, pero ahora Ingrid no tiene en cuenta las veces que sus vecinos, los que hace un momento discut6an por la lavadora, han subido para quejarse. Suelen decir lo mismo con ligeras variaciones: que retumba todo el piso, los ventanales, los muebles. Tambi6n la cristaler6a que hay dentro de los muebles. La vecina invit6 una vez a Ingrid a que bajara para comprobarlo y entendiera hasta qu6 punto su queja era justificada, pero eso requer6a una puesta en escena rid6cula y la participaci6n dudosa de su

hija en la recreación. «Les creo, lo siento, hablaré con ella», les dijo Ingrid. «Sabes que me gusta sentir el frío de las baldosas. Además, a ti tampoco te caen bien», le contestó su hija.

—¿Dónde está la ropa para regalar? —pregunta Silvia con una camiseta hecha un gurrño en la mano.

—Hay una bolsa detrás de la puerta de la cocina. Y no la regalamos, la donamos —aclaró Ingrid.

—No pillo la diferencia. ¿Quién era?

—Nadie. Una antigua compañera de la asociación.

Después de responderle, Ingrid palpa la elegancia con la que su hija deja pasar unos segundos, hasta que la curiosidad se disipa. Es como si todo el oxígeno que hay en el salón fuera para su hija, irreal, convertida de repente en una enemiga a quien ocultarle un secreto.

—Ahora sí la entiendo.

—¿El qué? —pregunta Ingrid.

—La diferencia. Si dices «donar» te sitúas en una posición de superioridad enmascarada. Si dices «regalar», directamente te delatas. ¿Todavía te apetece ir a la playa? —pregunta Silvia. Su madre no responde. Percibe con nitidez el dolor de cabeza.

—La semana que viene hará dos años —dice por fin Ingrid.

—Dos años de qué. No has contestado a mi pregunta.

—De qué va a ser —dice Ingrid—. Me lo ha recordado esa compañera.

Eso también era verdad. La Grau se lo ha dicho antes de darle la noticia. Silvia lleva una gorra de un equipo de baloncesto y unos shorts tejanos y sigue con un pie metido en la faja de luz que atraviesa el suelo del salón. El

vello, brillante, se arremolina inofensivo en sus piernas delgadas y doradas por el sol. No necesita depilarse y es posible que no lo necesite nunca. Otra herencia amable de Rai.

—¡Llamo a Berta y le digo que en un cuarto de hora!  
—Silvia lo ha gritado desde su habitación.

Ingrid se queda callada: es su manera de amonestar a su hija, de recordarle que no le gustan los gritos en casa. De nuevo los pasos descalzos retumban hasta que Silvia asoma la cabeza y espera.

—Mejor dile media hora —aclara Ingrid, que con un gesto decidido, como si con eso bastara para borrar el rastro que deja su estado de ánimo, toma fuerzas, se levanta del sofá y se marcha a la habitación.

En una de aquellas clases, la coordinadora explicó que los animales tiemblan para expulsar el miedo que queda en el cuerpo después de haber sido atacados. Ya frente al armario, a Ingrid le cuesta fijarse en la ropa que tiene delante, encajar los colores alegres en la nueva atmósfera; disimula su temblor ante sí misma removiendo camisetas, pareos, algún jersey intruso de manga larga. Quizá hubiera sido más fácil decirle a Silvia que no, que le duele la cabeza —es verdad—, que podrían ir mañana si el día está despejado. Cree que si lo hubiera hecho, lo que debe ocultar podría volverse visible y delatarla. Por otra parte, era insólito que su hija la invitara a ir a la playa; fue lo último que dijo antes de que se la tragara la oscuridad del pasillo. Más que responder a una propuesta, Ingrid había aceptado la proposición con la diplomacia con la que suele asumir las obligaciones.

Por fin encuentra la camiseta. Es blanca y en el lado izquierdo, donde queda el corazón, lleva estampado un

eslogan. Sabe que ponérsela es una idea estúpida, un gesto de autoexhibicionismo dramático.

Más que expulsar el miedo o la culpa a través del temblor, es el temblor lo que atrae la culpa o el miedo. Con la intención de aplacarlo, agarra con fuerza el volante. Silvia va sentada atrás escuchando música. No recuerda a su hija sin esas cosas metidas en los oídos. Su última adquisición, los auriculares in ear, que provocan un efecto burbuja y te insonorizan del ruido exterior. Silvia le dijo al principio que eran incómodos, pero que cuando te acostumbrabas, la música «parecía estar dentro de la cabeza».

Cuando aparca frente a la casa de Berta, Ingrid recuerda con fastidio que tiene que reparar el aire acondicionado. Mira a su hija a través del retrovisor.

—Ayer llamó tu padre.

—¿Qué? —Silvia arruga la nariz mientras se quita un auricular.

—Tu padre, que ayer llamó —repite Ingrid.

—¿Y qué decía?

—Por lo visto ha cerrado el trato.

—Cuál —pregunta Silvia.

—El de Engel & Vörkels.

—No me suena —dice Silvia.

Ingrid cree que el desinterés que su hija muestra hacia los asuntos de su padre es impostado.

—Bueno, el caso es que ha ido bien. La cosa estaba torcida al principio, pero después de hablar y ajustar algunas cláusulas los ha convencido.

—Papá es muy convincente —dice Silvia.

—Se le notaba cansado. Tenía ganas de estar en casa —después de decir esto, recuerda que le ha mandado un beso a su hija, pero no encuentra fuerzas para comunicar un afecto que no le pertenece.

—¿Cuándo dices que llega?

—El lunes por la tarde. Esta noche descansaban. Mañana tenía desayuno con los proveedores.

Silvia y su madre asisten a la aparición salvadora de Berta, que lleva un pañuelo en tonos verde y lila en la cabeza y luce un pareo a juego. Ingrid se fija en la insinuación de los abdominales en cuyo centro brilla un piercing de titanio. Es uno de esos ombligos que sobresalen ligeramente: un nudo de carne visible, parecido al nudo que se le hace a un globo para que no escape el aire.

—¡Siento llegar tarde! —grita Berta—. No encontraba la crema. ¿Hace mucho que esperáis?

—No demasiado —dice Silvia.

—Me gusta la camiseta que llevas. ¿Qué pone? —pregunta Berta.

Ingrid se siente estúpida. Sonríe, se gira ligeramente y tensa la camiseta para mostrarle el mensaje.